

PAGINA LITERARIA

EL HOMBRE QUE VEIA LAS NUBES DE PERFIL

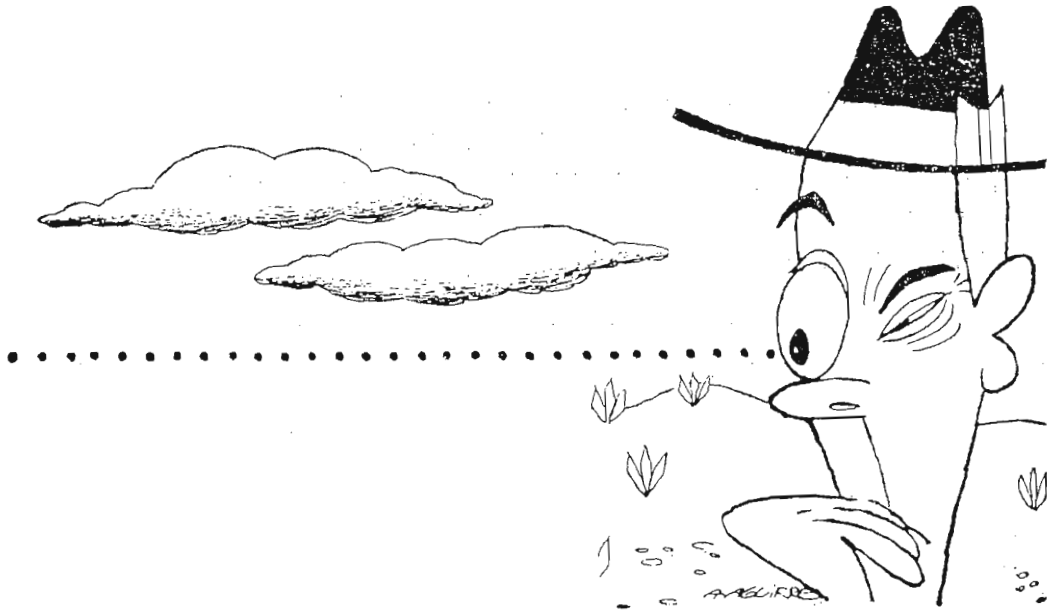
por ADOLFO UNGRIA LISSO

El pueblo no tenía tonos, alguna que otra mancha jalónaba las puertas de las cocheras, pero ya el polvo levantado por los carros y los remolques las habían uniformado.

Sus novecientos habitantes, fundidos en el paisaje, en el pueblo, eran huraños, toscos, primitivos y pobres. Sólo unos pocos, a la manera de la antigua nobleza, representaban la excepción. Un médico que compartía con dos pueblos más, el cura que también compartía, cuatro maestros, un farmacéutico que se pasó seis años diciendo que iba a marcharse, y el grupo de los "agregados": don Matías, el de la tienda de la plaza; don Roque, el practicante; el señor Tomás, el alcalde, y... Vicente.

Este último no era nada, no hacía nada, era un señorito de pueblo (en el mejor sentido de la palabra). Su cultura era de "casinillo" y del Espasa. Todos sus esfuerzos estaban encaminados a integrarse, de una manera definitiva, en el grupo de la crema, pero, eso sí, haciendo algo, o bien muy práctico, o bien muy original. Hubo un tiempo en que pensó ser "Jefe del Servicio Nacional del Trigo" mediante el paso de unas pequeñas pruebas, pero tuvo miedo de que sus hermanos y, en general, todo el pueblo, no lo respetasen lo suficiente cuando, por imperativos del cargo, se viese en la necesidad de rechazar determinado tipo de simiente, y no se presentó a los exámenes.

Un día, el cobrador del autobús de línea, le habló sobre la observación del tiempo sin instrumentos. Vicente se animó y, después de recibir las instrucciones pertinentes, empezó, como casi todos los habitantes del pueblo, a mirar al cielo, a hablar de lo que traería tal o cual viento, pero, eso sí, como él mismo decía, "de una manera científica". Ante las socarronas miradas de los lugareños corregía a los chicos en la calle: "no se dice ventarrón, sino viento huracanado; mejor que chaparrón, aguacero. Es más científico". Como tan intelectual ocupación no



conseguía despertar el suficiente interés de sus doctos amigos, decidió un día dar el golpe. So pretexto de una consulta médica, se trasladó a la capital y, a su vuelta, lanzó en la tertulia del casino la afirmación de que “él tenía la propiedad de ver las nubes de perfil”.

Todos los presentes quedaron atónitos. El primero en reaccionar fue el señor Tomás, el alcalde, que, reuniendo todas las energías necesarias para su cargo, agarró a Vicente de la camisa y le dijo que le iba a romper la cabeza si no se marchaba inmediatamente del pueblo.

El cura, serio y perplejo dijo: “Si es capaz de ver a las nubes así, ¿cómo verá a Santa Clotilde, la Patrona del pueblo?”

Uno de los maestros aventuraba la hipótesis de un posible enriquecimiento de la clasificación de las aberraciones oculares; sólo el médico permanecía tranquilo.

Pero el señor Tomás, el alcalde, estaba dispuesto a poner pronto las cosas en su sitio, ya que tanto él como su amigo el tendero entendían que había cosas por las cuales los pueblos “cogían”, como decían ellos, mala fama y luego ya no había forma de sacudírsela de encima. Por ejemplo, la bruja de Mancos, el curandero de Piedralomas y muchos otros, por lo que el alcalde decidió: “Mañana, muy tempranito, entre Matías, Roque y yo, agarramos a ese señoritucho y lo plantamos en la capital, lo llevamos delante del Gobernador... y que él decida. Este es un pueblo tranquilo y lo va a seguir siendo”.

Al amanecer del día siguiente, envueltos en cantos de gallos y saludando a los que se iban al campo, entraron en casa de Vicente y, vistiéndole a empujones, le metieron en la furgoneta de Nicolás, el recadero, y ya cerca de las once estaban en la antesala del Gobernador, diciéndole al Secretario que el caso que les traía era muy grave y que sólo aquél podía resolver como autoridad principal que era.

Ya en su presencia explicaron entrecortadamente el extraño poder que Vicente tenía; todo, como decía el alcalde, "al decir de éste", puesto que nadie había podido comprobar nada. El señor Gobernador rogó al Jefe del Centro Meteorológico que pasase a verle y puso a tan extraña comisión en presencia del científico. Este, después de convencer a Vicente de lo falso de sus argumentos, le propuso pasar unos días en la capital, pagados por el Municipio, en los cuales él le enseñaría la observación con aparatos, cosa que, además de ser más técnica, podría darle mucha más categoría en el pueblo que su anterior ocupación.

Vicente regresó con los aparatos, despertando la curiosidad de sus paisanos. Al día siguiente se instaló la estación y, desde ese mismo momento, fue una de las mejores, mereciendo cartas de agradecimiento de su jefe y, una vez, hasta un premio; Vicente fué considerado desde entonces como uno más en el grupo de los elegidos.

Años después, con motivo de un pequeño homenaje que su pueblo le tributaba, habló desde el balcón del Ayuntamiento y, después de referirse a lo unidos que él y la Ciencia estaban, acabó diciendo que de lo que más orgulloso se sentía era de la facultad que poseía de "ver las nubes de perfil...".



NUEVO MODELO DE ALMANAQUE
—Predice el tiempo y los aumentos de coste de vida.